

# DESTELLOS DE SAKAL EDITORIAL

ספרא  
SAKAL  
EDITORIAL  
DESDE 1989

GRANDES LIBROS DE GRANDES AUTORES  
CIUDAD DE MÉXICO • RAB MAYER SAKAL



AÑO 1 (5783-2022) • NÚMERO 4

BERAJA Y HATZLAJÁ FAMILIA AMIGA CHEREM  
BERAJA Y HATZLAJÁ FAMILIA ATACH COHEN  
REFUÁ SHELEMÁ RAQUEL BAT ADELA

ANÉCTODA

## El monje (Rab Yitzhak Fanger)

Libro: Historias de Shaaré Jésed **PRÓXIMAMENTE**

Directora: Linda Tawil



No toda mi vida viví en un ámbito religioso. A decir verdad, hace veinticinco años, yo era un hombre secular que vivía en la tierra de Israel, en la ciudad de Hertzeliá.

Mi lejanía de la religión era tan grande que, la primera vez que asistí a un Bet Hakenéset, fue cuando festejé mi Bar Mitzvá. Fue mi abuelo quien le insistió a mi padre que me llevara para que subiera a leer la Torá.

Mi corta estancia en el lugar no logró conmoverme, y mucho menos conectarme con mis raíces, por lo que tarde mucho en volver a visitar un Bet Hakenéset.

El tiempo pasó y cuando cumplí los veinticinco años de edad, ¡sucedió lo inesperado!

Un viernes por la tarde, mientras entrenaba para el triatlón, la gran competencia en la cual yo estaba en sexto lugar y consistía en correr, nadar y andar en bicicleta, un extraño sentimiento se apoderó de mí. Repentinamente, sentí un fuerte deseo de visitar un Bet Hakenéset. Ese deseo no desapareció incluso cuando terminé mi entrenamiento.

Con pasos dudosos, caminé por las calles de Israel para encontrar un templo que estuviera bastante lejos de mi casa, pues quería evitar a toda costa que alguno de mis amigos me viera entrar en él y comenzara a

decirme: “¡Oh, Fanger! ¿Fuiste a rezar? ¿Qué ocurrió? ¿Acaso alguien de tu familia se murió?”.

Finalmente, después de caminar un poco, ¡lo encontré! Me detuve frente a él y golpeé la puerta, pero, nadie me abrió. Esperé unos momentos más y, al ver que nadie me respondía, decidí empujar la puerta por mí mismo.

Mire hacia adentro con incertidumbre. El sitio estaba vacío. Mis ojos se detuvieron en la única persona que se encontraba en el lugar. Era el Gabay del Bet Hakenéset.

“¡Hola!”, exclamé en voz alta y le pregunté de inmediato: “¿Esto es un Shul?”.

“Sí”, me respondió el Gabay, un poco confundido.

Yo no le di tiempo para pensar y continué interrogándolo, pues quería aprovechar que ya había asistido al lugar.

“¿Qué es lo que acostumbran a hacer aquí?”, quise saber.

“Mira”, comenzó aquel hombre a explicarme con paciencia: “En este lugar, los Yehudim se reúnen para pedir Tefilá y estudiar Torá”.

Observé a mi alrededor para encontrar aquel escenario del cual me hablaba el Gabay, pero su paciente

¿Te gustaría escribir, diseñar e imprimir tu propio libro?

(+52)55-2927-1662

sakaleditorial@gmail.com

voz me detuvo: “Ahora es viernes por la tarde. En estos momentos no hay nadie aquí. ¡Regresa en cuatro horas y vivirás una noche espiritual y llena de emoción!”.

“De acuerdo, intentaré volver”, le respondí mientras me daba media vuelta para salir del lugar.

“¡Espera!”, me dijo el Gabay, levantando su tono de voz: “¿Alguna vez te has sumergido en la Tebilá?”.

“No”, respondí.

“Entonces hazlo ahora. Sumérgete en ella, ¡es una Mitzvá muy especial!”.

“¿Cuesta dinero?”, le pregunté algo inseguro mientras buscaba en mis bolsillos alguna moneda.

“Cinco Shekels”, me respondió el Gabay y me tranquilizó: “No te preocupes, yo te los presto y me los devuelves más tarde”.

El buen hombre me entregó un billete de veinte Shekels y le pidió a su ayudante que me enseñara en dónde se encontraba la Tebilá.

Entramos a un cuarto donde parecía ser un baño. En él había un pequeño jacuzzi, el agua era caliente y mi cansado cuerpo me lo agradeció cuando me sumergí en él.

Cuando terminé mi visita en el Bet Hakenéset y comencé a caminar de regreso a mi casa, recordé las palabras que mis padres me repetían una y otra vez: “Si alguien te presta dinero alguna vez, debes devolvérselo al día siguiente”.

Para mí era obvio lo que debía hacer. Tenía la obligación de regresar al día siguiente, es decir, el sábado, al Bet Hakenéset, para devolverle al Gabay el dinero que me había prestado.

Fue así como el sábado, a las diez de la mañana, me dirigí al templo. A pesar de que no cuidaba Shabat, sabía que no era bien visto por la gente religiosa subir en coche el séptimo día de la semana, por lo que estacioné mi auto un poco lejos del lugar para que, de esa manera, nadie pudiera darse cuenta de cómo había llegado al Bet Hakenéset.

Con un poco más de confianza que el día anterior, abrí la puerta y entré. Todos los presentes se encontraban sentados en silencio, escuchando la lectura de la Torá.

Sigilosamente, alguien se me acercó y me entregó una Kipá blanca para que la colocara sobre mi cabeza. Para mí era una experiencia más. ¡Estaba emocionado!

El Gabay del lugar no tardó en notar mi presencia y conmovido se me acercó y me dijo: “¡Ven a ver la luz que hay en las letras del Séfer Torá!”.

Lo seguí y me detuve frente al enorme pergamino. Forcé mis ojos, pero no logré ver ninguna luz. Mientras tanto, mis manos buscaban en el bolsillo de mi pantalón el billete de veinte Shekels que traje para pagar mi deuda. Cuando finalmente lo encontré, lo saqué y le dije: “¡Aquí está el dinero que me prestaste!”.

Antes de que yo pudiera terminar de hablar, un fuerte grito salió de la garganta del Gabay: “¡Muktzé!”.

Confundido, miré a mi alrededor para entender a quién se refería. No sabía a dónde se encontraba aquel hombre llamado Muktzé a quien mi anciano amigo estaba llamando.

Sus gritos continuaban y yo no entendía qué quería de mí: “¡Suelta el billete! ¡No lo toques!”.

Todos los presentes dirigieron sus miradas al lugar del cual provenían los gritos. El billete continuaba meneándose en mis manos mientras todos observaban la escena aterrados.

Mi mente intentaba entender cuál era el problema: “No estoy tocando a nadie y en mis manos no tengo nada más que un simple papel”.

Un hombre se me acercó, tomó mi mano y la sacudió fuertemente para que el billete cayera al suelo mientras me gritaba: “¡Suéltalo, suéltalo!”.

Aquel incidente fue un trauma para mí. Así de ignorante en cuanto al judaísmo era yo.

**A** la edad de dieciocho años, me presenté en el ejército israelí como debe hacerlo cualquier hombre de mi edad. Me integré a la unidad de combate, pues yo deseaba ser comandante de tanque. Unos meses después, obtuve el puesto tan anhelado.

El momento de actuar no tardó en llegar. Recibí la orden de dirigirme con mi tanque y mis tres soldados al Líbano. Uno de los soldados que habían sido asignados en mi tanque, era mi mejor amigo. Crecí con él y desde pequeños éramos muy unidos. Asistimos a la misma

escuela y ahora que estábamos en el ejército, yo había pedido que me permitieran ser su comandante.

Así que ahí estábamos los cuatro. Nuestra misión era una emboscada. Debíamos atacar por sorpresa a la gente de la Hizbolá, una organización musulmana conformada por un grupo de terroristas entrenados y armados, quienes habían excavado cuevas bajo la tierra donde se encontraba nuestro campamento sin que nosotros lo supiéramos.

A las cuatro de la mañana, nadie se imaginaba lo que estaba a punto de suceder. Mientras todo el campamento estaba dormido y el silencio reinaba en el lugar. La tensión era parte de nuestras vidas y al estar acostumbrados a ella, podíamos conciliar el sueño a pesar de estar en el territorio del enemigo.

Repentinamente y sin previo aviso, los terroristas de la Hizbolá aparecieron y comenzaron a dispararnos con sus metralletas. Nunca olvidaré el sonido de las balas que golpeaban nuestro tanque. Una de todas ellas, logró entrar en el tanque y dañó a mi mejor amigo, quien cayó en mis brazos.

Mis manos temblaban mientras sostenían su cabeza y mis oídos escuchaban con temor sus últimas palabras: “¡Fanger, vive también por mí!”, y cerró sus ojos para siempre...

Los soldados que conformaban mi tanque esperaban mis órdenes aterrados, pero para mí, el mundo se había detenido. Mi mente no lograba pensar con firmeza y no logré sacar ni una sola palabra de mi boca.

Después de unos segundos, volví a la realidad y un fuerte impulso me provocó salir del tanque para atacar al enemigo. Tomé la metralleta en mis manos y decididamente, comencé a disparar hacia todas direcciones. Quería matar a todos aquéllos que habían provocado la muerte de mi amigo.

**A** partir de aquel amargo día, algo dentro de mí se apagó. Regresé a mi casa para intentar continuar con mi rutina, pero ya nada era lo mismo.

Mi madre, quien me conocía perfectamente bien, me dijo angustiada: “Itzik, maduraste 20 años en tan sólo cinco minutos”. Ella tenía toda la razón. Después de enfrentarme con la muerte cara a cara, decidí que debía vivir mi vida con mayor sentido y dedicarme a ayudar a

los demás para así cumplir con la última petición de mi gran amigo.

Lo más fácil era convertirme en médico, para así salvar vidas y reparar lo que no pude hacer en aquellos momentos en los que mi amigo necesitaba mi ayuda y no logré brindársela. Sin embargo, no me gustaba ver sangre, por lo que decidí estudiar psicología. Finalmente, también a través de ésta lograría ayudar a las personas.

Cuando comencé a estudiar la licenciatura en psicología, rápidamente me di cuenta de que no era lo que yo deseaba. Mi necesidad de ayudar a la gente era muy grande y no tenía paciencia de estudiar y estudiar para después de varios años empezar a hacerlo.

Después de mucho pensar, encontré una solución. Simultáneamente a mis estudios de psicología, estudiaría medicina china.

Fue así como en el tercer año de mis estudios, nos visitó una señora que venía de Nueva York, para presentarnos un método de curación llamado Reiki, el cual consiste en colocar las manos sobre el paciente para que la energía de Hashem circule por ellas y logre sanarlo.

Aquel método me cautivó, y muy entusiasmado comencé a estudiarlo para poder llevarlo a la práctica, lo cual no era nada sencillo. Consistía de tres grados, en Israel estudié los primeros dos grados y comencé a tener mucho éxito.

**U**n día se me acercó mi maestro y me dijo: “Fanger, todos los pacientes que han pasado por tus manos se han curado. ¡Se dice que tú tienes todo el potencial para sanar! Te aconsejo invertir todos tus esfuerzos en tus estudios”.

Por supuesto que sus palabras me llenaron de orgullo, pero él no sólo me hizo un cumplido, sino que me ofreció algo increíble: “Acompaña a la gran maestra que nos visitó a un viaje por el mundo, en el que estudiarás y te convertirás en el mejor Reiki. Al cabo de tres años, volverás a Israel y tú serás un máster en Reiki”.

Para mí era una gran oportunidad, por lo que decidí aprovecharla. Era joven y tenía la fuerza y el entusiasmo para lograrlo. Además, la maestra de Reiki tenía mucho dinero y era muy poderosa. Así que, ¿por qué no acompañarla?

*¿Tienes los audios o videos de tus clases? ¡Conviértelos en libros!*

(+52)55-2927-1662

sakaleditorial@gmail.com

Les conté a mis padres sobre mis planes y comencé rápidamente a prepararme para mi gran aventura. Cuando estuve listo, me dirigí al aeropuerto junto con la maestra para comenzar nuestro viaje.

En un principio, visitamos diferentes lugares del mundo como Suiza, Francia y Alemania, en donde comencé a adquirir los primeros conocimientos sobre el tercer y más complicado grado del Reiki.

Nuestra gira por el mundo terminó en la ciudad de Nueva York. Finalmente terminé mis estudios y ya estaba titulado como un máster en Reiki. Además, tenía un coche nuevo y una gran alberca para entrenar. Mi vida era perfecta. Por lo menos así lo creía yo.

**C**ierto día, mientras conversaba con mi maestra le dije: “¡Quiero aprender más sobre el Reiki para ser el mejor y no solamente uno más!”. Yo siempre buscaba ser el mejor en todo y, si ya empezaba un camino, nunca lo dejaba a la mitad y dedicaba todas mis fuerzas y concentración para terminarlo.

La maestra me miró y sonriente me dijo: “Fanger, te he enseñado todo lo que sé. Si quieres aprender más, debes viajar al lejano oriente, pues todas nuestras teorías están basadas en el budismo, una religión que busca alcanzar la iluminación espiritual. Quizás allá encuentres más información y, en algún momento dado, puedas convertirte en monje”.

Yo no me esperaba esa respuesta, por lo que la mire perplejo sin decir nada. Mi mente comenzó a trabajar. En cuestión de segundos, me vi a mí mismo viajando a Tíbet, Japón e India.

Dentro de mis pensamientos, descarté de inmediato el viaje a Tíbet, pues en ese entonces, era un lugar muy inseguro. Japón, por su parte, era muy costoso por lo que decidí que la mejor opción era viajar a la India.

Nuevamente comencé con los preparativos para el viaje, me despedí de mi maestra y viajé hacia el norte de la India, a un lugar llamado Dharamshala.

**A**l llegar, conocí al Dalai Lama, el líder espiritual del budismo, quien muy rápidamente se percató de mis grandes capacidades y me adoptó como su estudiante. Poco a poco me fui integrando a su sociedad hasta que llegué al monasterio y me convertí en un monje para así aprender todo sobre el budismo y ser el mejor curador que pudiera existir en el mundo.

La vida de un monje suele ser muy sacrificada. En el monasterio debíamos despertarnos a las cuatro de la mañana y únicamente nos permitían comer una vez al día. Por las noches, dormíamos sobre el piso frío sin siquiera apoyar nuestras cabezas sobre una almohada.

Y, ¿qué hacíamos el resto del día? Practicábamos la meditación. Yo debía aprender a controlar mi mente y mis pensamientos para trabajar con mi energía y sanar a las personas.

En la práctica, era muy difícil lograrlo, pero mi carácter persistente no me abandonó y continué el camino con todas mis fuerzas.

Durante cinco meses estuve estudiando en el monasterio. El orgullo de ser el mejor era lo que me daba la fuerza para continuar.

El invierno llegó. Los días se volvieron fríos y la nieve cubría las desoladas calles.

**U**n día, recibí un visitante de parte del Dalai Lama. Era muy gratificante sentir que el gran líder de todos los budistas me estaba buscando justamente a mí.

“¡Fanger!”, comenzó aquel enviado del Dalai Lama a hablar: “El gran líder cree que ya es suficiente el tiempo que has estado en el monasterio. ¡Ha llegado el momento de llevar a la práctica todo lo que has aprendido!”.

La adrenalina comenzó a correr por mis venas y con mucha curiosidad le pregunté: “¿A qué te refieres?”.

“En primer lugar, debes irte a vivir a un lugar diferente llamado Rishikesh, el cual se encuentra a la mitad de la jungla”, el enviado del Dalai Lama hizo una pequeña pausa y emocionado me dijo: “Ahí hay un pequeño monasterio conformado por quince personas únicamente. ¡Una de ellas serás tú!”.

Sus palabras eran como una melodía para mis oídos. ¡Sí, lo había conseguido! Estaba dentro de los mejores quince Reikis de toda la India.

Espere ansioso a que continuara explicándome lo que debía hacer. Por su parte, aquel hombre continuó explicándome la misión que me había sido encomendada por el gran líder.

“En aquel monasterio, debes permanecer en silencio total”.

“¿Durante cuánto tiempo?”, le pregunté mientras una ligera inseguridad irrumpía en mi corazón.

“¡Medio año!”, me respondió con firmeza.

Su fuerte respuesta me aclaró que no sería nada fácil continuar mi carrera para convertirme en el mejor Reiki. Sin embargo, yo no estaba dispuesto a ceder, mi orgullo no me lo permitiría.

Y, ¿por qué no hablar? Los budistas creen que cuando la persona habla, pierde parte de su energía y, para sanar a las personas, es necesario absorber toda la energía que existe en el cuerpo de uno mismo y no usarla. Es por eso que no se me permitiría hablar con nadie. Ni siquiera conmigo mismo o incluso murmurar las palabras que pudiera leer en los libros.

Mis pensamientos me absorbían. Estaba tratando de analizar lo que acababa de escuchar hace unos momentos.

El representante del Dalai Lama no me dio mucho tiempo para pensar y me dijo: “Para completar tu entrenamiento, deberás practicar durante todo el día yoga, una disciplina espiritual, física y mental. Así lograrás conectarte con tu espiritualidad y santificar tu cuerpo para llevarlo al más alto nivel”.

Terminé mi encuentro con aquel hombre y muy firme en mi decisión llamé a mi madre para avisarle que, durante el próximo medio año, estaría formando parte de un entrenamiento en el cual no se me permitiría hablar, por lo que nuestra comunicación sería únicamente por medio de cartas.

Mi madre, quien siempre me apoyaba, me respondió muy orgullosa: “Hijo mío, ¡confiamos en ti! Seguramente podrás lograrlo, ve y conviértete en el mejor Reiki del mundo”.

Cuando terminé la llamada con ella, me sentí lleno de fuerza y entusiasmo. ¡Estaba listo para ser el mejor!

**F**ue así como llegue al monasterio. La jungla que lo rodeaba era hermosa, aunque completamente apartada de la sociedad y la tecnología. Claro está que no todavía no existían los teléfonos celulares. Para beber agua, debía caminar hasta el río, en el cual también podía bañarme. El transporte eran unos simples burros sobre los cuales podía montarme.

No había ninguna tienda cerca del lugar, la comida que se plantaba ahí era lo que podía comer para mantener mi cuerpo. En un principio, sentía en lo profundo de mi corazón que debía comportarme igual que un animal. Pero, poco a poco, me acostumbré.

Comencé con mi retiro espiritual. En un inicio, parecía ser fácil. Los días pasaban uno tras otro, yo me sentía tranquilo, pues podía leer e incluso escribir para comunicarme con la gente de mi alrededor. Las únicas palabras que podía sacar de mi boca eran las cuatro palabras santas del Reiki que, según los budistas, al decirlas en un orden específico, provocan que la energía fluya a través de la persona.

El segundo mes comenzó a pasar, yo sentía que podía lograrlo. Era un poco difícil, pero nada que yo, Fanger, no pudiera lograr.

Conforme los días avanzaban y el tercer mes llegó, las cosas se volvieron complicadas. Cada hora parecía ser una eternidad. Las meditaciones se tornaron pesadas y mi deseo de hablar era cada vez más grande.

A pesar de todo, yo continuaba exigiéndome a mí mismo e intentaba controlarme repitiéndome en mis pensamientos una y otra vez: “¡Tú puedes, Fanger! Estuviste en el ejército y eres una persona muy poderosa”. Mi vida se volvió una batalla constante conmigo mismo y cada segundo me amenazaba con vencerme.

Así transcurrió el tiempo hasta que un día, después de tres meses y medio que me encontraba entrenado en el monasterio, mientras todos los monjes se encontraban en el jardín, me dirigí al río para practicar mi natación.

El volcán que había estado inactivo dentro de mí durante todo ese tiempo, comenzó a burbujear. La explosión se aproximaba y yo decidí que le permitiría hacerlo. Dejaría que mi boca se abriera y dijera lo que sea. Después de no haberlo hecho tres meses, las palabras no podían salir con facilidad, pero finalmente sucedió.

Un alegre sonido salió de mi garganta. Mi boca se abrió y comenzó a recitar...las palabras de la Haftará que leí el día de mi Bar Mitzvá cuando visité el Bet Hakenéset con mi padre y mi abuelo aquella vez.

Mis oídos no podían creer lo que escuchaban. ¿Pesukim de la Haftará? Mi memoria nunca fue muy

*¿Te gustaría escribir, diseñar e imprimir tu propio libro?*

(+52)55-2927-1662

sakaleditorial@gmail.com

buena, y recordar los versículos que leí doce años atrás era muy extraño.

Sin embargo, decidí no prestarle atención a aquel extraño acontecimiento y lo anulé de mi corazón.

**T**res días más tarde, cuando todos los monjes ya estaban dormidos, yo me encontraba en mi cuarto haciendo yoga a la luz de la vela. Eran las once de la noche y mis bostezos aumentaban conforme transcurrían los minutos.

Finalmente, decidí apagar la vela para acostarme a dormir. En el momento en el que lo hice y la habitación se oscureció por completo, sentí que había algo junto a mí. En los tiempos en los que hice mi servicio en el ejército, aprendí a desarrollar un sexto sentido para darme cuenta si alguien me estaba observando o siguiendo para atacarme.

Mi instinto me llevó a encender nuevamente la vela. Observé a mi alrededor y no logré ver nada, pero aquel extraño sentimiento no desapareció y no me permitía quedarme dormido. Así que decidí salir del monasterio para internar dormir fuera de él.

En una mano sostenía la vela para alumbrar el camino y con la otra, tomé el colchón donde dormía para sacarlo de la habitación.

De pronto, escuché algo caer al piso. Volteé rápidamente y vi a un escorpión amarillo que se había caído de la parte superior de mi colchón, justamente cuando yo lo había levantado.

El pánico se apoderó de mí. Sabía que, si yo hubiera apoyado mi cabeza sobre esa criatura, mi final en este mundo habría llegado. Por primera vez en mi vida sentí que había Alguien ahí arriba que me había protegido y justamente esa noche dentro de los tres meses y medio que llevaba en el lugar, me había enviado un extraño sentimiento para que no me recostara sobre mi colchón.

Sin embargo, tampoco esta vez le preste mayor atención a lo sucedido pues, pensar en cambiar no es nada emocionante y no por un incidente así me convertiría en un Baal Teshubá. Si Él había elegido protegerme, se Lo agradecía, pero nada más.

**D**os días después, se me terminaron las velas que utilizaba para alumbrar mi habitación en las noches, por lo que le pedí por escrito al encargado que me proporcionara más, él me indicó que

al día siguiente, debían llegar más velas que traerían desde la ciudad con los burros que utilizábamos para transportarnos.

Regresé a mi habitación e intenté buscar en mis pertenencias alguna vela con la que pudiera alumbrar mi oscura habitación.

De pronto, mis ojos se fijaron en una pequeña bolsa de plástico. La abrí y dentro de ella encontré una vela y una tarjeta. La miré detenidamente y recordé su significado. Era una tarjeta de Tefilat Hadérej que un buen Yehudí, quien pertenecía a Jabad, me había entregado en el aeropuerto de Israel cuando estaba a punto de comenzar mi viaje para convertirme en un “máster Reiki”.

Por el lado de atrás, la tarjeta tenía escrito el Shemá Israel. Aquel hombre me había dicho: “Tómala, ¡te protegerá en el camino!”.

Las casualidades eran demasiadas como para ignorarlas. En ese momento, Hashem me envió un pensamiento y me dije a mi mismo: “Fanger, rompiste tu silencio y, por lo tanto, las reglas del budismo. Intenta ahora hacer la meditación con las palabras del Shemá Israel, en lugar de utilizar las cuatro palabras del Reiki”.

El silencio en el monasterio era absoluto, todos los monjes dormían y yo me encontraba solo en mi habitación, así que decidí hacerlo. Me senté en el suelo, crucé mis piernas y por primera vez, comencé a recitar las palabras del Shemá Israel. Mi cuerpo comenzó a temblar y mi piel se erizó...

Yo no lograba comprender qué era lo que estaba ocurriendo. Durante años enteros había practicado la meditación y ninguna frase me había hecho temblar de tal manera. Sabía que había una razón más allá de lo que mi mente podía entender y necesitaba que alguien me lo explicara.

Pero, ¿quién lo hará? Mis compañeros del monasterio no lo harán y tampoco me interesaba la respuesta de cualquier hombre judío. Yo quería recibir grandes respuestas y, para eso, necesitaba encontrar a grandes personas para que me las proporcionaran. Gente como la que habita en la calle de Mea Shearim, jellos sí son profesionales!

Inmerso en mis pensamientos, me recosté sobre el suelo para intentar dormir, pero no lo logré. Sentía que

*Regala en tu celebración algo muy especial, ¡creado por ti mismo!*

había encontrado algo que había estado desperdiciando durante años y estaba ansioso por descubrir de qué se trataba.

**M**uy temprano por la mañana, reuní rápidamente mis pertenencias y me monté sobre uno de los burros que estaban en el lugar. Me dirigí a la ciudad sin decirle nada a nadie. No me despedí ni avisé que me iba.

Lo primero que hice al llegar a la ciudad, fue tomar un teléfono público y llamar a mi madre: “¡Mamá! Habla Yitzhak, voy de regreso a casa”, le dije lleno de emoción. Escuchar su voz después de varios meses era muy conmovedor. Un suspiro de alivio se escapó de mi garganta al imaginarme que pronto volvería a verla.

Mi madre no comprendía lo que estaba ocurriendo. Aún no habían transcurrido seis meses y supuestamente yo no podía hablar. La tranquilicé y le dije que le explicaría todo en cuanto nos reencontráramos.

Tomé el primer vuelo hacia la tierra de Israel. Mientras el avión despegaba, yo sentía que estaba de camino a la libertad.

**A**l llegar a mi destino, me encontré con mis padres después de no haberlos visto durante muchos años. El reencuentro fue muy emotivo. Nos dirigimos a la casa y lleno de nostalgia, analice cada rincón mientras recordaba las bellas experiencias que ahí había vivido.

En la pequeña casa, yo tenía un consultorio en donde atendía a mis pacientes. Frente a la puerta, me encontré con un anuncio que invitaba a todo el público a una conferencia sobre la vida después de la muerte según el judaísmo.

Para ese entonces, yo ya había estudiado todo sobre el cristianismo y el budismo, por lo que decidí asistir para continuar aprendiendo.

**E**l día de la conferencia llegó y yo me dirigí al lugar anunciado para enterarme de lo que aquel Rabino estaba ofreciendo. Llegué un poco tarde y todos los asientos estaban ocupados, a excepción de la primera fila, así que me senté justamente frente al Rabino que estaba hablando.

Sus primeras palabras fueron acerca de la reencarnación, las cuales entendí a la perfección, pues eran temas que ya me había dedicado a estudiar.

Posteriormente, comenzó a hablar sobre experiencias cercanas a la muerte. Me miró para intentar adivinar si yo podía entender la idea que estaba explicando. Asentí con la cabeza para darle una señal. Sólo yo sabía lo cerca que había estado de tal experiencia.

Por el resto de la clase, el conferencista se enfocó en mí. Seguramente mi exclusiva apariencia le llamó la atención. Yo estaba calvo al igual que cualquier monje budista y sobre mi cabeza no había ninguna Kipá.

Al final de la clase, el Rabino preguntó: “¿Alguien tiene alguna duda?”.

Evidentemente levanté la mano de inmediato y, tan rápido como pude, le dije: “Nos probaste que hay vida después de la muerte, y sobre ello no te voy a discutir. Sin embargo, yo estudié todas las religiones y no veo diferencia alguna entre todas ellas. Al igual que usted, los árabes creen que hay vida después de la muerte. Lo mismo ocurre con los cristianos y budistas. Entonces, ¿por qué yo debo seguir la religión judía?”.

El Rabino no perdió la cordura a pesar de mi inesperada pregunta y exclamó: “¡Excelente pregunta! Pero debes saber, el judaísmo es la única religión que puede darte una prueba de que existe la vida después de la muerte”.

Yo espere a que explicara algo más, pero él me informó de inmediato: “Si quieres conocer más sobre el tema, debes asistir a un seminario con duración de cuatro días en la ciudad de Áshkelon”.

Con mi entusiasmo de siempre, decidí asistir para ver qué era lo que los Rabinos religiosos podían ofrecerme.

Grande fue mi sorpresa cuando me presenté al seminario y me encontré con conferencistas universitarios muy bien preparados. Sus palabras eran muy interesantes y llenas de profundidad.

Conforme iba escuchando las clases, mi estado de shock aumentaba. Yo me creía un ser humano muy inteligente, que había estudiado todo y dominaba cualquier tema. Sin embargo, frente a mí estaba parada gente que hablaba de temas que yo nunca había escuchado. Gente sumamente inteligente y poderosa.

El cuarto y último día, no pude controlarme más. Subí al estrado donde se encontraban los conferencistas y conmovido les dije: “Lo que yo escuché aquí durante estos cuatro días, no lo aprendí en mis veinticinco años

*¿Tienes los audios o videos de tus clases? ¡Conviértelos en libros!*

de vida. ¡Hoy sé que existe Hashem! Si sus palabras son ciertas, quiero volverme una persona religiosa”.

A partir de ese día, comencé a practicar la religión judía. Ni siquiera sabía hacer Tefilá, así que tomaba el Sidur y leía todo lo que había en él. Poco a poco me fui acercando a aquel maravilloso grupo de gente, quienes cumplían la Torá y las Mitzvot con entusiasmo. Había encontrado un grandioso tesoro, el cual me había sido ocultado durante años.

Al mismo tiempo, mi fama creció. Mucha gente escuchó sobre mi regreso a Israel y sabían que me había convertido en un máster en Reiki.

La gente me buscaba y yo comencé a dar cursos de Reiki. Cobraba mucho dinero por transmitir mis conocimientos, por lo que rápidamente pude comprarme un auto y ya tenía planes de comprarme una casa.

**A** sí transcurrieron cinco meses, en los cuales yo me acercaba a la Torá y al mismo tiempo ejercía mis conocimientos que había adquirido sobre el Reiki.

Un día, se presentaron dos mujeres a mi curso de Reiki y me pidieron: “¡Por favor! Prepara una capacitación especial para las mujeres ortodoxas”.

Yo accedí y más de doscientas mujeres ortodoxas asistieron para escuchar mis palabras. Una de las mujeres presentes me hizo una pregunta que me dejó muy pensativo: “Dime, ¿sabes si el Reiki es Kasher?”.

“¿Kasher?”, le respondí con una pregunta, y añadí: “¡Si no vas a comer nada!”.

La mujer me explicó que también lo que el alma escucha debe ser puro y me aconsejó preguntarle a Rab Itzjak Zilbershtein, un famoso Rab en Israel, yerno del Rab Elyashiv, qué opinaba sobre la pureza del Reiki.

• Sin saber por qué, escuché sus palabras y tan pronto como pude fui a visitar al gran Rab, quien me recibió con mucho cariño. Durante veinte minutos le expliqué el significado del Reiki y, al terminar, le pregunté: “Rab, ¿el Reiki es Kasher?”.

“Me temo que no”, me respondió. Mi rostro se volvió serio y mi corazón se congeló.

**R**egresé a mi casa confundido. Apenas entré, comencé a llorar. Había estado construyendo un edificio durante años y ahora se había

derrumbado repentinamente. Dentro de mi llanto, hablé con Hashem y le dije: “Hace poco tiempo hice Teshubá y ahora, me has enviado una difícil prueba. Yo aprendí en el judaísmo que Tú nunca le envías una prueba a alguien que no puede superarla, y, además, quien hace algún sacrificio por Ti, Tú lo acercas a Ti”.

Mis lágrimas me ahogaban y se me dificultaba hablar, pero yo continué hablando: “¡Hashem! No te pido riqueza ni fama, lo único que quiero es que no me abandones, porque dejaré el Reiki por completo”.

Después de un largo tiempo, logré calmarme. Con cierto temor, tomé el teléfono y llamé a mi madre. Con gran dificultad le dije que dejaría de practicar el Reiki, lo cual implicaba perder grandes cantidades de dinero, citas con las más distinguidas personalidades y un sinnúmero de oportunidades.

Por supuesto que ella se disgustó y no lograba comprender por qué mi negocio no era Kasher. Uno de mis conocidos me aconsejó visitar al famoso y gran líder de la generación, Rab Jaim Kanievsky.

Cuando estuve parado frente a él, me miró con detenimiento y me preguntó: “Yitzhak, ¿podrías ir a estudiar a una Yeshivá durante tres meses?”.

“¡Por supuesto que sí”. Le respondí, mientras pensaba para mí mismo: “Si estuve en un monasterio sin hablar durante tres meses, seguro que puedo sobrevivir en una Yeshivá”.

Después de recibir su bendición, me dirigí a una gran Yeshivá, en la cual descubrí un mundo lleno de respuestas y explicaciones a todas mis preguntas. Fue como si hubiera vuelto a nacer y me convertí en un Yehudí religioso y temeroso de Hashem.

Yo decidí abrir mis ojos para ver a Hashem y Él me abrió las puertas de Sus bendiciones para mandarme una vida llena de significado y sentido.

**H**oy en día, veinticinco años después, doy conferencias sobre la religión en la plataforma israelí conocida como Hidabrut. Además, tengo una técnica de curación que desarrollé con mis conocimientos sobre el Reiki, basada en la Torá y sus principios.

Definitivamente, me considero un hombre millonario, aunque no de dinero.